

**Pilar Cagiao Vila, Agustín Sánchez Andrés y Marco Antonio Landavazo (coords.) (2024). *Diplomacia cultural y «soft power» en las relaciones entre España y Latinoamérica en el período de entreguerras*. Ciudad de México / Valencia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Tirant Humanidades, 433 págs.**

El libro colectivo que presentamos viene a contribuir a los estudios sobre la diplomacia cultural y sobre el llamado «poder blando», que la historiografía está poniendo en valor. Son varios los autores que señalan que esta diplomacia cultural y pública se consolida durante el período de entreguerras tras el desastre que supuso la Gran Guerra. Sin embargo, este tipo de acciones ya habían empezado a tener lugar durante el siglo XIX a la par que los avances y necesidades de la Revolución Industrial y los sistemas liberales. Un claro ejemplo fue el desarrollo de la prensa de masas, la creación de las conexiones telegráficas y las agencias de noticias, como la francesa Havas (1835), la alemana Wolff (1849) y la británica Reuters (1851), empresas que, de algún modo, acordaron repartirse los territorios del mundo monopolizando la distribución de la información en las áreas asignadas. Y las prolíficas exposiciones internacionales y universales (como la de Londres en 1851 y, sobre todo, la de París en 1889), con las que se pretendía impresionar al mundo en relación con los triunfos del progreso industrial, las nuevas mercancías, las novedades en máquinas y los productos de ultramar, constituyeron otro ejemplo de la intención de estas acciones.

En el caso español, el acontecimiento cultural más importante del período decimonónico fue el IV Centenario del Descubrimiento de América, en el que se implicaron a fondo el gobierno español y asociaciones privadas dentro de un programa que buscaba relanzar los lazos con los países latinoamericanos. Tal y como subrayan los coordinadores del libro en la introducción, con ese fin y también con la intención de mejorar su imagen y aumentar el prestigio internacional, los gobiernos de la Restauración hicieron uso de la diplomacia cultural. Décadas más tarde, en 1921, esa misma voluntad quedó expresada en la creación de la Oficina de Relaciones Culturales Españolas, aunque, realmente, fue durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República cuando se daría mayor impulso a esas conexiones culturales. Por su parte, los países latinoamericanos utilizaron la diplomacia cultural como contrapunto al expansionismo estadounidense en la región. En los dos escenarios, el español y el latinoamericano, proliferaron redes transnacionales en las que participaron políticos, académicos, intelectuales y feministas que trabajaron para lograr este acercamiento cultural.

El libro se divide en dos bloques: el primero trata diferentes ejemplos del rol jugado por la diplomacia cultural en las relaciones entre España y Latinoamérica, mientras que en el segundo se abordan algunos de los debates intelectuales que planteaba el hispanoamericanismo a ambos lados del Atlántico.

Con respecto al primer bloque, hay que señalar que sus seis capítulos se centran en el período 1880-1936, cuando los acontecimientos culturales más destacados se vinculan a los centenarios de los hitos que el nacionalismo español consideraba que había que celebrar. Así, el primer capítulo, redactado por

Ascensión Martínez Riaza bajo el título «La dimensión cultural de las relaciones diplomáticas Perú-España. Del IV centenario del Descubrimiento al de la fundación de Lima (1892-1935)», pone de relieve que, precisamente por tratarse de intelectuales, fueron los agentes diplomáticos y consulares peruanos en España quienes fomentaron los vínculos culturales entre los dos países. En el caso de Perú, este acercamiento cultural a España se realizó a través de la fundación de entidades privadas, como la Academia Peruana de la Lengua y el Instituto de Historia. Seguidamente, Pilar Cagiao, en su capítulo «Relaciones culturales entre España y Uruguay (1882-1930). Un balance», se aproxima a los principales acontecimientos culturales de esa época y los enlaza con la relación entre los dos países, destacando, entre otros ejemplos, las actividades realizadas entre 1917 y 1930 por el representante diplomático de Uruguay en España, Benjamín Fernández Medina, quien protagonizó una destacada militancia hispanófila. Por su parte, Agustín Sánchez Andrés y Marco Antonio Landavazo, en «Los inicios de la diplomacia cultural mexicana en España a través de la labor de tres operadores diplomáticos entre 1886 y 1931», siguen la estela de los tres representantes mexicanos que se sucedieron en Madrid en su cometido de difundir una imagen positiva de su país. Los tres fueron referentes de la literatura que se insertaron bien en los círculos culturales españoles, hasta el punto de que uno de ellos, Francisco Asís de Icaza, llegó incluso a obtener el Premio Nacional de Literatura sin ser español. Precisamente, el capítulo anterior enlaza con el siguiente de Dulze Pérez Aguirre, «Las relaciones culturales entre el México cardenista y la España republicana durante la Guerra Civil: la LEAR y la revista *Frente a Frente*», donde se muestra la ayuda mexicana en el ámbito cultural durante la guerra mediante la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR). Este conjunto de iniciativas culturales fue recogido en varias publicaciones, y una de ellas, *Frente a Frente*, sirve de fuente a esta investigación. De este modo, este grupo de intelectuales mexicanos recaló en España e interactuó con sus homólogos españoles. Para la autora, estos vínculos explicarían la gran acogida del exilio intelectual español en el México de Lázaro Cárdenas. A continuación, Palmira Vélez, en «Acción diplomática cultural y política universitaria en el americanismo español de entreguerras y exilio», recorre el contexto y los medios políticos e intelectuales españoles en su afán por mejorar la imagen de España y de su historia. Para lograr este objetivo, destaca como hitos importantes la entrada en el ámbito universitario norteamericano, la renovación de la formación de diplomáticos y cónsules y las actividades culturales que se llevaron a cabo, al tiempo que señala que los principales obstáculos para su éxito residieron en la falta de una política contundente en este sentido y en los continuos cambios de gobierno. Por su parte, Rosario Márquez, autora de «Mujer, cultura y diplomacia. España y América, 1929-1936», subraya el papel de una serie de mujeres españolas y americanas en este acercamiento cultural: Clorinda Matto de Turner, Aurora Cáceres, Angélica Palma, Alfonsina Storni, María Edilia Valero y Lola Rodríguez de Tió, Carolina Marcial Dorado, María de Maeztu y Anna Hyatt Huntington.

La segunda parte del libro, «Debates intelectuales e imaginarios transatlánticos», comienza con un capítulo titulado «Antiimperialismo e hispanoamerica-

nismo: una retrospectiva a través de las figuras de Manuel Ugarte, Baldomero Sanín Cano y Augusto César Sandino», escrito por Manuel Andrés García, donde se analiza el pensamiento de cada una de esas personalidades en torno a las temáticas mencionadas. En la misma línea, en «Los dos modelos de conquista de América. Hispanofilia y yanquifobia en el pensamiento del hispanista José Elguero», Carlos Sola Ayape destaca la reivindicación de la herencia española en México de este periodista mexicano quien ponía el énfasis en la religión católica como elemento de unidad y cohesión del pueblo mexicano. Los protagonistas del trabajo de Alberto Enríquez Perea son también intelectuales: Juan Ramón Jiménez y Alfonso Reyes, que pusieron en marcha la revista *Índice* como puente cultural entre las dos orillas. Por su parte, María Luisa Candau destaca en su texto la labor de Emilia Serrano, baronesa de Wilson, en defensa de las mujeres latinoamericanas a la hora de preservar los valores tradicionales. En el capítulo siguiente, «La colectividad española frente a la revolución mexicana. Prensa étnica, liderazgos e iniciativas asociativas patrióticas», elaborado por Alicia Gil Lázaro, se analiza una de las asociaciones española más relevantes en México y su publicación, *Rojo y Gualda*, mientras que en el capítulo de cierre, titulado «El Nordeste argentino durante el período de entreguerras. Corrientes: ¿una provincia a espaldas de Europa?», José Luis Caño Ortigosa y Edgardo Darío López Villagra concluyen que la provincia argentina mantuvo su modelo económico agropecuario destinado al mercado interno, lo que implicó un rechazo a las influencias foráneas que también tuvo impacto cultural.

**Juan Luis Carrellán Ruiz**  
**jarrellan@uco.es**  
**Universidad de Córdoba**

© Del texto, Juan Luis Carrellán Ruiz. © De esta edición, *Boletín Americanista*.



Este documento está sujeto a la licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada de Creative Commons, cuyo texto está disponible en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.